

ADMIRACIÓN Y RECONOCIMIENTO AL ILMO. SR. D. LUIS BEDMAR ENCINAS EN SU NECROLÓGICA

María del Sol Salcedo Morilla
Académica Correspondiente

Señor Presidente y Junta Directiva; Ilustre Cuerpo Académico; señoras y señores.

Queridos Enriqueta, Luís Pedro y Jaime. Querida familia, que es la mía propia, por la estrecha amistad que siempre nos unió. Deseo ante todo que con mis palabras os llegue la máxima expresión de nuestro cariño y, muy especialmente, el de mi madre.

Cuando yo tenía nueve años Luís Bedmar me enseñó a tocar en la guitarra dos canciones: «Las hojas verdes» —mi, la, si, la, sol, mi, sol, do, si, do, si, sol— que por aquel entonces la cantaba el Dúo Dinámico, y unas sevillanas antiguas, creo que de 1915 —do, do, si, la, la, do, mi, si, do, si, la, la— cuya letra decía así: Tengo un canario y olé,/ tengo un canario./ Tengo un canario/ en una canariera,/ole, ole, con ole,/ en una canariera y olé,/ tengo un canario./ Tengo un canario/ que me trae noticias,/olé, olé con olé,/ que noticias me trae y olé/ de un primo hermano./ Y yo le digo olé,/ y yo le digo olé/ y yo le digo,/ rompe la canariera y olé,/ vente conmigo. Aprendí estas canciones por el tesón de D. Luís, no por el mío; yo tocaba muy despacio y mi hermana bailaba la sevillana al ritmo que yo marcaba, lo que en mi casa era motivo de hilaridad. Mi aventura musical junto a D. Luís acabó ahí. Yo carecía de aptitudes y de actitudes; en conclusión, era una mala alumna, aunque desde entonces, quise y admiré a mi maestro por la paciencia que derrochó conmigo.

Unos años más tarde, entre 1967 y 1968, asistí muy de cerca a la creación de las Cordobesas, como baile popular llamado a sustituir a las sevillanas en nuestra feria, objetivo que no se consiguió, como hemos podido comprobar. El empresario cordobés Baldomero Moreno Espino fue el patrocinador de esta idea a la que nuestra Academia respaldó y dio forma convocando un concurso, en el que se premiaría una composición de cante y baile, que bajo el título de cordobesas, reflejase el espíritu popular y tradicional de la vieja y eterna ciudad califal, con un premio de 100.000

pesetas, que fue ganado por cuatro profesores del conservatorio: Juan Antonio Chica Torres y Luís Bedmar Encinas pusieron la música, Miguel Salcedo Hierro, la letra y Luís Del Río Muñoz, la coreografía. El guitarrista fue José Rodríguez, aunque la composición permitía interpretarse a piano, con orquestina y con orquesta sinfónica, y la cantante que grabó el disco fue Soledad del Río.

Su presentación fue en el Real Círculo de la Amistad y las cordobesas fueron bailadas por la famosa Pilar López a la que Luís del Río había enseñado la coreografía y también por sus alumnas de danza. Las cordobesas constan de cuatro coplas, que se bailan en pareja y en cuanto a las letras, sólo cabe decir que se atienen a dichos y lugares cordobeses, como «No llores en la Ribera/ que la gente va a decir/ que va a crecer sin que llueva/ el río Guadalquivir». O «Por la cuesta del Bailío/ de rodillas subiré/ a ver si así te da pena/ y me entregas tu querer». O «Cordobesa, cuando vayas/ a ver a San Rafael/ pide que tu novio sea/ cordobés y hombre de bien». Hay que reconocer que competir con las sevillanas era tarea ardua, pero ahí quedaron el baile, el toque y el cante que se declararon representativos de nuestra idiosincrasia.

Asistí también a la transformación de la banda municipal en Orquesta de Córdoba, dirigida por Luís Bedmar. Sería prolijo relatar uno por uno todos los logros, el enorme currículum —sinfonías, canciones, nanas, villancicos, corales—. Miguel Salcedo Hierro, gran amigo suyo, llegó a decirle en broma, pero con respeto y admiración, que le consideraba capaz de ponerle música a la guía telefónica; debía saberlo bien ya que tantas veces colaboraron; la última fue una canción dedicada a Ramón Medina, que fue estrenada en el Círculo por Aurora Barona. La impecable trayectoria de este músico al que los académicos estamos rindiendo homenaje esta tarde, será desgranada por los intervinientes: su biografía, sus estudios, su ingente producción, sus méritos y los títulos honoríficos que le fueron concedidos. Mi aportación es haber sido testigo directo de su vida —tres cursos de compañeros en el Conservatorio, antes de que Arte Dramático y Danza se independizaran— una vida entregada a la música y a su familia.

Mi agradecimiento para él que, junto a Mercedes Valverde y Antonio Arjona Castro, avaló mi candidatura como académica correspondiente con residencia en Córdoba. Y ahora, desde aquí, deseo que aquellas hojas verdes que me enseñó a tocar, que hablan de esperanza, alegría, abundancia, soles resplandecientes y amor, le acompañen eternamente.